

Director
Francisco Muñoz Jaramillo

Consejo Editorial
Jaime Arciniegas, Augusto Barrera,
Jaime Breilh, Marena Briones, Carlos Castro,
Galo Chiriboga, Eduardo Delgado,
Julio Echeverría, Myriam Garcés, Luis Gómez,
Ramiro González, Virgilio Hernández,
Guillermo Landázuri, Luis Maldonado Lince,
René Maugé, Paco Moncayo, René Morales,
Melania Mora, Marco Navas, Gonzalo Ortiz,
Nina Pacari, Andrés Páez, Alexis Ponce,
Rafael Quintero, Eduardo Valencia, Andrés Vallejo,
Raúl Vallejo, Gaitán Villavicencio

Coordinación Editorial de este número
Wilma Suquillo
David Echeverría

Edición
Raúl Borja

Diseño, portada y gestión de imágenes
Verónica Ávila / Activa Diseño Editorial

Impresión
Gráficas Iberia

Auspicio



FES - ILDIS
Avenida República 500,
Edificio Pucará
Teléfono (593) 2 2 562 103
Quito - Ecuador
www.fes-ecuador.org



CAFOLIS
Sevilla N24-349
y Guipuzcoa
Teléfono: (593) 2 2 322 6653
Quito - Ecuador
www.cafolis.org

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni estas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

laTendencia
—revista de análisis político—

© de esta edición: cada autor
ISSN: 13902571
Marzo/Abril de 2011

laTendencia

—revista de análisis político—

Raúl Borja
Jorge León Trujillo
Juan Cuvigustavo Larrea
Norman Wray
Paco Moncayo Gallegos
Agustín Grijalva
Carlos Castro Riera
Luis Verdesoto
Gloria Ardaya
Diego Mancheno
Fernando Rosero
Humberto Cholango
Pedro Quimbiamba
Alberto Acosta
Henry Llanes
Gaitán Villavicencio
Fernando Buendía
Antonio Navarro:
Francisco Muñoz
Claudia Detsch
Iván Carvajal
Rosemarie Terán Najas
Napoleón Saltos

11

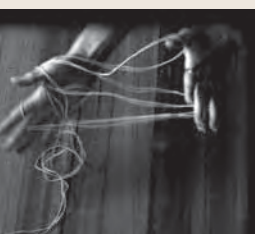
feb/mar 2011

Coyuntura



5

Editorial
Balance político.
Consulta popular
Francisco Muñoz Jaramillo



12

Balance político.
Nudos críticos
y temas polémicos
Sistematización
de Raúl Borja

26

El referendun: una
estrategia para
acumular más poder
Jorge León Trujillo

33

¿Quién lucra de la
revolución ciudadana?
Juan Cuví



38 Del 30-S a la inflexión
del gobierno de Correa

Gustavo Larrea

43 La propuesta de
consulta pone en riesgo
el estado constitucional
de derechos y justicia

Norman Wray

48 Balance crítico del plan
de gobierno de Rafael
Correa

Paco Moncayo Gallegos

55 La consulta: una
violación infraganti
de la Constitución

Agustín Grijalva



59 Consulta,
reforma penal
y desmantelamiento
del estado
constitucional

Carlos Castro Riera



65 Escenarios políticos
ecuatorianos luego
del 30-S

Luis Verdesoto
y Gloria Ardaya

Política pública

77 La economía política y
la política económica
del gobierno:
¿ilusión o realidad?

Diego Mancheno

82 Tierra y conflicto
social en tiempos de
Rafael Correa

Fernando Rosero



89 El agua en Ecuador:
dos visiones
contradictorias

Humberto Cholango

93 La Ley de Aguas:
proyecto polémico que
se quedó en el limbo

Pedro Quimbiamba

95 La reforma a la ley
de hidrocarburos y la
renegociación de los
contratos petroleros

Alberto Acosta

104 La reforma petrolera
del gobierno de
Rafael Correa

Henry Llanes

109 Las invasiones de
tierras en Guayaquil:
historia y coyuntura
política

Gaitán Villavicencio

117 Los gobiernos
autónomos
descentralizados

Fernando Buendía



Internacional

123 Antonio Navarro:
La necesidad
de crear una
internacional
latinoamericana

Francisco Muñoz

127 La Conferencia de
Cancún: una mirada
con optimismo
relativo

Claudia Detsch



133 Echeverría: la
continuidad
del discurso crítico

Iván Carvajal

137 El ethos barroco
como forma de
"vivir lo invivable"

Rosemarie Terán Najas

143 El tiempo y la
revolución

Napoleón Saltos

Debate

Rosemarie Terán Najas

El ethos barroco

como forma de “vivir lo invivible”

Bolívar Echeverría nos dejó en junio de 2010, pero continúa entre nosotros a través del legado de su obra excepcional, extensa y multifacética, que atesora las claves para reconstruir y enriquecer las formas de comprensión de nuestra realidad histórica, cultural y política desde una perspectiva crítica.

Pese a que en los medios académicos nacionales su pensamiento no fue objeto del debate que merecía, la obra de este intelectual ecuatoriano se difundió por lo menos en Quito, gracias a las visitas regulares que nunca dejó de hacer a su país y a los círculos más bien informales en los que presentó sus conferencias. Desde sus iniciales talleres acerca de *El Capital*, allá por los años 70 y 80, hasta sus presentaciones más recientes en torno a la relación entre lo barroco y la modernidad, por citar solo dos de los temas más sobresalientes, han transcurrido más de tres décadas durante las cuales las ideas

de Bolívar Echeverría fueron marcando con huellas indelebles los imaginarios sociales de los actores más diversos.

Rosemarie Terán Najas— Doctora.
Docente e Investigadora
de la Universidad Andina
Simón Bolívar, Quito.



Me interesa destacar este punto que, no porque la academia se lo haya propuesto, su reflexión respecto del **ethos barroco**, por ejemplo, vino a llenar para las nuevas generaciones un vacío identitario provocado por la crisis estrepitosa de los proyectos nacionales y de las ilusiones de la globalización. Poniendo a funcionar sus propios mecanismos de “apropiación”, muchos artistas e intelectuales jóvenes, que aún engrosan las filas de anonimato estudiantil, han ido incorporado a sus modestas monografías, tesis y trabajos de diversa índole los modelos de explicación del **mundo de la vida** que ofrece esa reflexión, descubriendo en ella un asidero teórico para pensar la realidad sin tener que “suicidarse” en brazos de la postmodernidad. Pensar la realidad desde Latinoamérica, sin renunciar ni a la esperanza ni al desencanto.

La deuda que nuestro medio intelectual y académico tiene con Bolívar Echeverría solo puede saldarse propiciando un debate amplio y profundo sobre su magnífica obra, debate que también debe dejar al descubierto las intenciones utilitarias y arbitrarias de algunas apropiaciones de sus ideas, como la que acaba de producirse en el marco del discurso justificatorio del llamado “Nuevo Bachillerato” formulado por el Ministerio de Educación del Ecuador, en el cual se adopta el *ethos barroco* como una reivindicación plausible dentro del enfoque neoliberal que esconde dicha propuesta.¹

Quiero destacar algunas de las posibilidades que el trabajo de Bolívar Echeverría brinda para interrogar ciertos procesos histórico-culturales que están en la base de la construcción identitaria y nacional de los ecuatorianos. En este sentido, examinaré primero el significado que tiene para la comprensión de la experiencia cultural colonial su categoría de la **modernidad de lo barroco** y luego abordaré las implicaciones de esta reflexión en su análisis sobre el carácter artificial de la nación moderna.

Lo barroco como modernidad

En la discusión teórica e historiográfica lo barroco no ha gozado de un horizonte común de significación, más allá de la aceptación general de que no se trata solo de un género artístico, sino de toda una cultura. El abordaje que propone Bolívar Echeverría es, sin embargo, el más profundo. En el marco de una reflexión sobre la crisis civilizatoria contemporánea él de-construye la idea de que la modernidad capitalista de cuño noreuropeo sea un destino ineluctable y una forma monolítica, absoluta, de dominio. Descubre que existen versiones distintas de vivir el capitalismo (los “*ethos*”), que “acosan” a la dominante, cada una de las cuales afronta de manera diferente la contradicción fundamental del capitalismo entre la forma natural del mundo de la vida basada en el valor de uso (lo cualitativo), y la forma del valor asociada a la reproducción de la riqueza y la acumulación de capital.²

A diferencia de las otras modalidades (*clásica*, *romántica*, *realista*) que son más obsecuentes con el capital y, por lo tanto, con la barbarie, la *modernidad barroca* aparece poseída de una particular creatividad porque asume esta contradicción, reconociendo como inevitable la destrucción de lo cualitativo, y resistiéndose a la vez a aceptarlo. Así, aunque comparte con las otras versiones de la modernidad capitalista la condición de barbarie, el *ethos barroco* sería ante todo *cultura*, porque es resultado del esfuerzo por “reafirmar la validez o la vigencia de la forma natural de la vida en medio de su destrucción”.³

En otras palabras, se diría que, a pesar de que habita en el territorio desolador del valor de cambio, el *ethos barroco* es capaz de inventar imaginarios y construir una teatralidad del mundo para reafirmar el valor de uso. Mediante esta reafirmación, este *ethos* revela una capacidad de resistencia que se ha instalado en la tradición cultural latinoamericana, y que sin ser necesariamente favorable al cambio, percibe al menos el valor de lo cualitativo, de la posibilidad del goce en medio de la devastación.

Hay que decir, no obstante, que en el pensamiento de Bolívar Echeverría el *ethos barroco* está lejos de constituir un referente de identidad o una vía de liberación. La modernidad capitalista en todas sus formas solo podría ser superada por una modernidad alternativa, no-capitalista, post barroca, que tendría irremediablemente rasgos de la modernidad barroca, dado que es en ésta donde ha residido la capacidad de defender la forma natural de la vida. De esta manera, el filósofo ecuatoriano no solo traslada la reflexión acerca de la modernidad desde el escenario eurocentrista en el que funcionaba, hacia un territorio que había sido visto como su periferia, sino que también parecería desplazar hacia América Latina las posibilidades de cambio, cuestión que no se haría en contra de la modernidad existente, sino encontrando una alternativa a partir de la misma.

Sin embargo, desilusionando a quienes pretenden hallar en el *ethos barroco* un sustrato cultural para fundamentar esencialismos de cualquier tipo, Bolívar Echeverría critica las visiones atemporales e inmóviles de la cultura –de lo que se desprendería además una crítica a la idea de **ancestralidad**– y apuesta por el carácter evanescente y cambiante de la misma, comprometiendo también en esta interpelación el significado de lo que conocemos como **identidad**. En tanto la cultura está determinada históricamente por un versátil y complejo juego de fuerzas que se rehacen continuamente en el proceso de reproducción social, la identidad del sujeto histórico “solo puede ser tal –dice el filósofo– si ella misma es un hecho que sucede, un proceso de metamorfosis, de transmigración de una forma que solo se afirma en una sustancia y en otra, siendo ella misma cada vez otra y la misma, enfrentándola con la novedad de la situación y llevándola a competir con otras identidades concurrentes”.⁴

El mestizaje cultural

Como voluntad de forma artística, la propuesta barroca consiste en emplear el código de las formas clásicas dentro de lo que Bolívar Echeverría describe como “un juego tan inusitado para ellas, que las obliga a ir más

allá de sí mismas”. El barroco trata de “despertar el drama que dormita en el orden de las proporciones clásicas (...) encontrar el conflicto que se esconde en la perfección de su medida”.⁵ Esta imagen de las tensiones que atormentan al barroco en su dimensión estética, determinando respuestas creativas y singulares, se refleja en el fenómeno de **mestizaje cultural**, propio de la modernidad barroca, que proviene del exterminio operado en el marco de la Conquista durante el siglo XVI.

En la perspectiva del autor, el *apartheid* derivado de la situación colonial, adquiere en América rasgos distintos que en Asia o en África. El proyecto de prolongar a España en el Nuevo Mundo fracasa para los conquistadores, una vez que la Madre Patria los deja en la orfandad. Es verdad que han vencido, pero el resultado es la extinción de su utopía de reproducción de las formas europeas. A su vez, las civilizaciones “naturales” han sido destruidas como totalidades político-religiosas mediante un proceso violento. En ese contexto de ausencia de civilización, serán los “vencidos” los que lleven a cabo la proeza civilizatoria del mestizaje cultural como única posibilidad de reconstrucción social, a través del auto-sacrificio de asumir las instituciones occidentales, pero transformándolas desde los restos del código indígena, y condicionando desde allí todo el orden colonial.

La singularidad de la modernidad expresada en el recurso del mestizaje cultural radicaría, precisamente, en la capacidad que demuestra la sociedad latinoamericana de abrirse hacia otras entidades sociales, a diferencia del *ethos* realista del primer mundo que niega esa posibilidad.⁶ Al darle visibilidad y agencia al “vencido”, se está efectuando otra importante relocalización, la de trasladar al mundo indígena el protagonismo que la historia de las ideas y, en cierto sentido, también la crítica literaria, había reservado hasta ahora para el sujeto criollo.

1 Pese a estar envuelto en la retórica del Buen Vivir, el Nuevo Bachillerato propuesto recientemente por el Gobierno de Rafael Correa plantea un currículo desnacionalizado e instrumental que reproduce los parámetros y enfoques recomendados por los organismos de la banca mundial para la formulación de las políticas educativas América Latina.

2 Bolívar Echeverría. *El ethos barroco*, en la revista Nariz del Diablo, II Época, N. 20, mayo, 1994, Quito.

3 Entrevista de Javier Sigüenza con el filósofo Bolívar Echeverría, Premio Simón Bolívar al Pensamiento Crítico 2007, 4 de Octubre de 2007, www.diagonalperiodico.net

4 B. Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, Ediciones Era, México, 1998, p. 137

5 B. Echeverría, *Ibid.*, p. 93

6 Para Stefan Gandler, el mestizaje cultural en su versión mexicana actual tendría en realidad una dimensión intercultural. En: *Mestizaje cultural y ethos barroco. Una reflexión intercultural a partir de Bolívar Echeverría*, Universidad Autónoma de Querétaro, México (<http://148.206.53.230/revistasuam/signos/filosoficos>)

El catolicismo barroco mariano

El caso del culto a la Virgen de Guadalupe en México es quizás una de las más acabadas expresiones del **mestizaje cultural** estudiadas por Bolívar Echeverría. En sus *Meditaciones sobre el Barroquismo*, él examina el uso peculiar del dogma católico que se hace en el contexto del culto guadalupano por acción de una religiosidad popular que lo impregna de rasgos idólatricos, transformando por esa vía el código católico ortodoxo y rehaciéndolo a la vez en la forma de una alternativa distinta de catolicismo, centrada en torno a la figura de la Virgen María.

Obedeciendo a la lógica del *ethos barroco*, este **catolicismo mariano** es resultado de un re-centramiento sustancial de la figura de Dios, considerado oficialmente el vértice de la jerarquía católica. En palabras de Bolívar Echeverría, “la práctica del culto mariano implica en efecto una negación de la síntesis mono-teísta que está en el dogma de la Santísima Trinidad, del Dios uno y trino, síntesis que es asumida solo de una manera formal y no interiorizada”. Lo que sí se interioriza, en cambio, es un politeísmo de raíces “paganas” que logra reorganizar las jerarquías católicas.

La manera de vivir lo invivible representado en la imposición de una religión como la católica, que hacía de las creencias indígenas un pecado de “idolatría”, lleva a los indios a crear un imaginario cristiano aceptable, que pueda funcionar como una representación de la vida mejor que la vida misma. Así, y mediante el relato escrito por el indio Antonio Valeriano acerca del humilde campesino Juan Diego, favorecido por las revelaciones de la Virgen de Guadalupe, se forja el imaginario de asimilación de María con la divinidad prehispánica Tonantzin, y el cerro de Tepeyac, esfuerzo creativo a partir del cual los indios intentaron rehacerse a sí mismos como sujetos.

Cabe aquí una pregunta ineludible: de haber dialogado más con el mundo andino, ¿qué matices habría incorporado Bolívar Echeverría a su reflexión sobre el mestizaje cultural? De hecho uno de los pensadores más notables del área andina, Alberto Flores Galindo, que pensó para Los Andes una modernidad afincada en la tradición cultural, señaló en su inolvidable obra *Buscando un inca: Identidad y Utopía en Los Andes*⁷ que,

⁷ Alberto Flores Galindo. *Buscando un Inca: Identidad y Utopía en los Andes*. Ediciones Casa de las Américas, 1986, La Habana.

Bolívar Echeverría concluye que las nuevas repúblicas no supieron aprovechar la oportunidad de romper con el pasado despótico ilustrado y recomponer el cuerpo social. Decidieron, por el contrario, exacerbar de allí en adelante las divisiones sociales.



a diferencia de la Nueva España, en la que el contacto entre los dos mundos provocó un fenómeno de “conjunción”, en el mundo andino lo que se produjo fue un fenómeno de “disyunción”, es decir, un desencuentro sustancial que se resolvió en el plano de la memoria, principalmente a través de la reconstitución de una relación entre pasado y futuro articulada en torno a la utopía del regreso del Inca.⁸

Desde esta perspectiva, la humanidad del sujeto andino no se habría restituido solo y necesariamente en el plano de la “indianización” de lo católico, que se aprecia como un elemento fundacional del caso *novohispano*, sino que su forma predominante habría sido la creación de un imaginario propiamente andino, imaginario del desencuentro, de distinta naturaleza que la del relato del Tepeyac, pero en cierto sentido equivalente, en la medida en que ambos proyectos sientan las bases de culturas que revalorizan lo que Bolívar Echeverría llamaría la forma “natural” del mundo de la vida.

La manera distinta cómo estos relatos se proyectan después en los imaginarios nacionales aparece como otro elemento que problematiza la idea de un mestizaje cultural similar. Esto se advierte en el papel que juega el culto guadalupano en la identidad nacional mexicana, en contraste con la ausencia de cultos andinos que hayan concitado semejante grado de integración social. En cambio, la restauración de la dinastía inca sí constituyó en los andes centrales un proyecto político asumido por criollos y mestizos a fines de la época colonial.

⁸ En esta reflexión sobre los fenómenos de conjunción y disyunción aplicados a México y los Andes, respectivamente, Flores Galindo sigue a Nathan Watchel.


La modernidad barroca en la construcción de la nación

De la lectura de los escritos de Bolívar Echeverría se puede concluir que, de forma irremediable, la lógica del *ethos barroco* se proyecta en la larga duración de la historia latinoamericana, reproduciendo su manera peculiar de enfrentar las contradicciones básicas de la modernidad capitalista. “No falta ironía –dice él– en el hecho de que las repúblicas nacionales que se erigieron en siglo XIX (...) terminaran por comportarse muy a pesar suyo precisamente de acuerdo a un modelo que declaraban detestar, el de su propia modernidad, la modernidad barroca configurada en el continente americano durante los siglos XVII y XVIII”.⁹ En su perspectiva, lo que hicieron las elites de las sociedades latinoamericanas habría sido reeditar una nueva utopía, esta vez en torno a la construcción de un **modelo republicano de origen europeo**, cuya realización no pudo sino ser teatralizada y mimetizada, de manera que nuevamente lo imaginario terminó ocupando el lugar de lo real.

Siendo esta la cuestión, cabe una interrogante a la que el filósofo destinó sus más recientes reflexiones y que posee plena actualidad en estos momentos: ¿qué celebran hoy los bicentenarios? Desde su óptica, el movimiento ilustrado al que la historia oficial le asigna un papel protagónico en la emancipación habría, en realidad, destruido los aspectos integradores del mestizaje cultural barroco a través del restablecimiento de las jerarquías sociales, el afianzamiento de las relaciones coloniales y, sobre

⁹ B. Echeverría. *América Latina: 200 años de fatalidad*, en revista digital Sin Permiso, 11 de abril de 2010 (<http://www.sinpermiso.info>)

todo, debido a la expulsión de los Jesuitas, que aparecen como los autores de un catolicismo renovado que fue capaz de combinar en el mismo plano de la práctica religiosa, la pertenencia a una comunidad integrada y el ejercicio del libre albedrío individual, todos éstos, elementos sin duda modernos, que ponen en tela de juicio el carácter progresista que se atribuyó a sí mismo la Ilustración y su discurso crítico respecto de la modernidad barroca.

En consecuencia, a partir del convencimiento de que develar las contradicciones de la experiencia ilustrada adquiere pleno sentido desde la perspectiva del fracaso de la modernidad, que tuvo en el Siglo de las Luces su antecedente más importante, Bolívar Echeverría concluye que las nuevas repúblicas no supieron aprovechar la oportunidad de romper con el pasado despótico ilustrado y recomponer el cuerpo social. Decidieron, por el contrario, exacerbar de allí en adelante las divisiones sociales. Entonces, lo que se festeja formalmente bajo el membrete del Bicentenario no sería sino “el nacimiento de unas repúblicas oligárquicas fallidas...”.¹⁰ 

10 B. Echeverría, *Independientes ¿quiénes?*, en El Telégrafo, Sección Cultura, Ecuador, 10 de agosto de 2009.

El tiempo y la revolución

